

RESEÑAS

***EL DISCURSO NO ES DESTINO.
DEBATES FEMINISTAS SOBRE EL CUERPO,
LA NATURALEZA Y LAS CIENCIAS***

**MARÍA INÉS LA GRECA Y MARIELA SOLANA
(EDS.)**

BUENOS AIRES, MADRESELVA, 2024

Mabel Campagnoli

FaHCE-CInIG / Universidad Nacional de La Plata (UNLP)

Profesora de Filosofía y magíster en Análisis del Discurso (FFyL-UBA), magíster en Investigaciones Feministas y doctora en Filosofía (UPO-España). Se desempeña como subdirectora del Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género y como profesora adjunta regular a cargo de Antropología Filosófica en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación en la UNLP. Sus inicios profesionales en la filosofía coinciden con los de su militancia feminista.

Contacto: mabelcampagnoli@yahoo.com.ar

bell hooks en “La teoría como práctica liberadora” desde un punto de vista feminista y negro afirma: “Estoy agradecida de todas las mujeres y hombres que se atreven a crear teoría desde el lugar del dolor y la lucha, que valerosamente exponen sus heridas y nos dan su experiencia para enseñarnos y guiarnos, como medio de trazar nuevos tramos teóricos. Sus trabajos son liberadores. No sólo nos permiten recordar y recuperarnos a nosotrxs mismxs, nos cargan y nos desafían a renovar nuestro compromiso hacia una lucha feminista activa e inclusiva” (hooks, 2019, p. 134).

Nos separan treinta años de esa afirmación, además de la inconmensurabilidad de contextos, pero expresa el interés de mi lectura en ubicar este libro en una genealogía feminista activa e inclusiva y en agradecer fuertemente la apuesta de María Inés La Greca y de Mariela Solana, así como los aportes de todas las personas que aquí escriben. Es un honor darle la bienvenida a un libro que palpita cuestiones candentes para la teorización feminista actual y que lo hace de modo situado, desde coyunturas locales en un “diálogo epocal con los debates académicos y públicos que se vienen dando en la Argentina, desde el 2015 en adelante, a partir de la reemergencia del activismo feminista y LGBTQ+ como movimiento social” (p. 22), tal como explicitan las editoras.

Junto a la asunción de esta postura, las editoras proponen reflexionar sobre los aportes teóricos de los nuevos materialismos en vinculación a la teorización precedente, de corte más culturalista, que fue adjetivada como progresista por feminismos comprometidos con visibilizar procesos de esencialización. Ese compromiso iba de la mano con denunciar opresiones y subalternidades, pero en función de ello solía despreciar aportes de las ciencias naturales.

En este sentido, las editoras celebran “que los nuevos materialismos propongan un trato menos paranoico, más matizado y más hospitalario de las ciencias naturales, pero creen que este mismo trato debería aplicar para los feminismos y los estudios queer que los anteceden” (p. 18). El planteo que orienta y reaparece en varios textos, es la perplejidad que causa una crítica excesiva al postestructuralismo feminista, que no reconoce los matices y las complejidades desarrolladas en torno al quiasmo materia/discurso, que hace aparecer la perspectiva neomaterialista como superadora, otorgándose autoridad académica desde el gesto refutatorio más propio de una violencia epistémica que de una militancia sociopolítica.

Desde el punto de vista editorial, se asume también la hipótesis que ubica a Donna Haraway como “eslabón (no) perdido entre la epistemología feminista y la refiguración del género como performativo en Butler” (p. 24). Es decir, es posible leer su teoría tanto en clave postestructuralista como neomaterialista, lo que permite ubicar a la autora en el engarce entre giro lingüístico y giro ontológico. Podríamos atribuirle una naturaleza dual como a la luz, a la vez corpuscular y electromagnética, cuyo comportamiento óptico metaforizará las significaciones que recorren las propuestas de Donna Haraway y de Karen Barad en el libro.

Encontramos así las traducciones al español de sendos artículos, ambas realizadas por Renata Prati. Se trata de “Jugar a la cuna de gato: estudios de la ciencia, teoría feminista y estudios culturales” de Donna Haraway, 1994 y de “Performatividad poshumanista: repensar la materia” de Karen Barad, 2003. No me detendré en estas autoras que son apropiadas de diferente manera a lo largo de los otros textos.

El desafío al que nos convocan las distintas autorías es el de visitar argumentos culturalistas desde una visión contemporánea de las ciencias naturales y sus explicaciones. Esto pone en crisis otra vez, de manera renovada, la supuesta distinción entre naturaleza y cultura. Al respecto, varios aportes coinciden en que el problema de las perspectivas no está en hacer uso de la biología, por ejemplo, sino en brindar visiones reduccionistas. Una salvedad que encontramos en los textos de Julieta Massacese, Lucía Ariza, Lu Ciccía.

Así, Julieta Massacese en “Constructivismos conservadores y determinismos biológicos progresistas” nos desplaza de la dicotomía estereotipada según la cual el constructivismo sería progresista de suyo, mientras que el determinismo biológico, conservador en sí mismo. Para analizar las discusiones de fondo propone una serie de preguntas a cada posición: “qué mundo propone, cuál es el estatus del conocimiento que configura y qué lugar deja para la acción de nuestra limitada especie” (p. 63). Con esta orientación, nos presenta unas curiosas criaturas, constructivismos conservadores y determinismos biológicos progresistas. En el primer caso, la perspectiva de género de John Money y los feminismos transexcluyentes; en el segundo, las bases genéticas de la orientación sexual y desarrollos de la etiología genética. Los ejemplos apuntan a la imposibilidad de alinear constructivismo con progresismo e invitan a problematizar “la necesidad de un sustrato biológico explicativo que autorice y dispense a los fenómenos de su conflictividad” (p. 75).

Por su parte, Lucía Ariza en “Materia viva. Pensando los test genéticos del embrión a la luz del feminismo materialista” enfoca el problema del reduccionismo y entiende al determinismo biológico como un caso particular del mismo. Con este recaudo analiza el discurso de médicas que trabajan en reproducción asistida en Argentina y realizan diferentes test genéticos del embrión. Esto le permite reconocer al embrión como una entidad agente que si bien se entrama con la acción humana, no se pliega del todo a ella. Aparece aquí una dualidad ontológica respecto del embrión, ajeno a lo humano respecto de las formas reconocidas del actuar humano, a la vez que es humano en términos de especie. No hay pasividad, es sustancia biológica no coincidente con la atribución de humanidad, no es posible considerarlo “normal” o “enfermo” pues no hay enfermedad antes que individuo, no es tampoco un ser pasivo. Además de señalar la prevención ética del cuidado en el lenguaje con las personas involucradas en el proceso de reproducción, subraya implicancias compatibles con la lucha por el derecho al aborto.

A su vez, Lu Ciccía en “Sucesos placebo y antidepresivos: una conceptualización materialista no reductivista” busca desandar las explicaciones que siguen la temporalidad causa-efecto. Para ello, señala que tanto el modelo centrado en la enfermedad, como el

centrado en la droga, suponen que un cambio en el cerebro causa un cambio en estados mentales, lo que redundaría en una lectura reduccionista, que identifica cerebro con mente. Analiza que a los experimentos basados en grupos de control bajo efecto placebo les falta contexto, pues no sitúan las interacciones ni las conceptualizan fuera de la temporalidad causa-efecto. Cambiar el análisis a una perspectiva de “suceso placebo” “implica no una pastilla, sino un acto discursivo-material en relación con cuerpos que encarnan estados psicológicos/biológicos sincronizados particulares” (p. 265). En consecuencia, hay una imposibilidad ontológica de grupo controlado. Comprender esto hace posible desandar el cerebrocentrismo y el reduccionismo biológico en ese campo de estudio.

Por su parte, María Inés La Greca en “*Construides y deconstruides: movilización feminista, humanidades y conciencia política*” analiza el lenguaje vernáculo de la militancia en realización a la teorización, para hacer comprensible un posible oxímoron entre construcción y deconstrucción. Nos muestra la habilitación del enganche entre esas expresiones y lo inconveniente de transformar militancia en policía del lenguaje. En este sentido rescata precauciones que hicieran Sandra Harding y Teresa de Lauretis, respecto de que el punto de vista es una meta a alcanzar antes que un punto de partida a priori. Asimismo, dialoga con las metáforas genealógicas del feminismo, en torno al mar, la marea, las olas, el tsunami, para agregar la provocación de la cloaca: “al remover, la marea también hizo aparecer nuestra cloaca: me refiero a la propia mierda que nos habita antes y después de entendernos en un proceso de deconstrucción” (p. 96-97). De allí la invitación a no creémosla, a no perder conciencia de que se trata de un trabajo permanente en el que siempre se está situad, no hay afuera en un supuesto punto de iluminación.

Por otro lado, Renata Prati en “Bienvenidas al club: feminismos, biología y malestar” parte de la paradoja señalada por Fox Keller de que “los psicofármacos han sido más efectivos en persuadir a las personas de su naturaleza esencialmente mecánica y físico-química que toda la ciencia moderna en su conjunto” (p. 228), para renovar la mirada feminista sobre la relación con la biología, la depresión y la medicación química. Si en la eurocentrada segunda ola feminista se cultivó una biofobia y una sospecha sobre la medicalización en las mujeres, habría ahora una apertura más flexible, donde la demanda de medicación puede funcionar como solicitud de pertenencia a una comunidad, antes que estigmatización por un diagnóstico. Al analizar la serie *Crazy ex girlfriend* reflexiona sobre si el acento en esta aceptación farmacológica, no redundaría en un refuerzo del estereotipo sobre el que se pretendía ironizar. El interrogante es si seremos capaces de inventarnos modos diferentes de enfrentarnos al malestar.

A su vez, Mariela Solana en “Átomos queer y bacterias feministas” indaga estas significaciones de los nuevos materialismos para cuestionar el para qué de su uso. En función de ello, distingue entre conservación biológica y conservadurismo político, advertencia en la que resuena Audre Lorde cuando afirmaba que la autoconservación es un acto de rebeldía política. Así como construccionismo no es sinónimo de progresismo,

tampoco lo es el dinamismo, ya que “el dinamismo o la estabilidad de un fenómeno no puede ser el punto de partida de un análisis sino el de llegada. No son rasgos establecidos a priori, según estemos de un lado u otro de la división naturaleza / cultura; son modos de describir un fenómeno tras investigarlo en detalle” (p. 219). En consecuencia, nos invita a sospechar de afirmaciones como las de Karen Barad quien enfatiza que la física cuántica brindaría una evidencia empírica de sucesos queer del mundo. ¿El postestructuralismo feminista, necesita esa evidencia por fuera de las aportaciones queer de corte social y humanista? ¿La física debería llenar un vacío de otras especialidades? Antes que reinaugurar el privilegio de las ciencias naturales, la autora considera que necesitamos átomos queer y bacterias feministas para hacer proliferar el repertorio de argumentos, imágenes y figuras que contribuyan a rebatir el esencialismo y el determinismo.

Asimismo, Eduardo Mattio en “Est/éticas rumiantes. Una interpretación materialista de la condición poshumana” aproxima una reflexión decolonial a partir del materialismo sudaca de Lucrecia Masson. Releva la perspectiva poshumanista de Rosi Braidotti para situar su giro post-antropocéntrico donde la subjetividad no es prerrogativa exclusiva del humano. Con esta perspectiva “la fortaleza de los sujetos minoritarios consiste en su capacidad para llevar a la práctica modos alternativos de devenir y relaciones trasversales que rompen con los patrones segregacionistas” (p. 113), aunque reconoce la interdependencia compasiva como punto de inicio. En sintonía con la perspectiva interespecie de Haraway, Masson plantea el pensamiento como práctica de cuidado, como hacer poético, para proponer un saber poshumano situado: pensar con la vaca. La vaca, significativa de la injuria que le permite a Masson una *cuirización* de su posicionamiento desde donde propone una epistemología rumiante que sitúa el pensar en el cuerpo y lo figura a partir del paso de cada uno de los cuatro estómagos del mamífero, para sentar la evidencia de que “no todo puede ser dicho, ni visto, ni percibido” (p. 123). Un saber situado que desanda las instanciaciones del tiempo y del consumo. Como señala el autor, son “sentidos que suponen la borradura -intacta hasta hoy- de un pasado preintrusión prácticamente irreconocible” (p. 119, n. 9). Sentidos que recuerdan el poema de Ramón Plaza “Composición tema: la vaca” del que comparto un fragmento (Plaza, 2021, p. 219):

La vaca cuando todavía
no era esta historia que nos mata
pudo haber sido junada
por los naturales
como una pequeña montaña en movimiento,
o como una hormiga gigantesca.
Aunque jamás conozcamos
qué pensaba de ella un querandí,
convendría preguntarse

con la lógica propia
de un hijo de los conquistadores
que ya puede maldecir y odiar al padre,
si la vaca,
desde el punto de vista
querandí de la existencia,
fue vista como un animal silvestre,
o como un pariente deformado del caballo,
o si ellos, los querandíes,
supieron desde don Pedro de Mendoza
en adelante, la verdad:

que la vaca, su multiplicación en millones,
era la manera más efectiva y española
de hacerse dueños de esta concreta
y nada metafísica pampa.

En el artículo de Ariel Martínez, “El género como negatividad. Trazos heterodoxos para un materialismo queer” se retoma la noción de pulsión como negatividad en tanto capacidad de los sustratos biológicos, poniendo en diálogo al psicoanálisis con los nuevos materialismos. La negatividad abre un ámbito de hostilidad en comparación con la posibilidad elaborativa de la palabra. Se trata de dominios que escapan a la totalización y la clausura, con un carácter irreductible respecto a la significación. Así el autor “nos aleja de miradas ingenuas que entienden lo inconsciente y la sexualidad como reservorio de placeres emancipadores” (p. 277) y considera que “tal vez, más que enfrentar la pretensión de asir la negatividad mediante el lenguaje, asumir el género mismo como material, como falla ontológica y como un límite al poder aliente la producción de narrativas que incluyan el fracaso como desmantelamiento material y constante de lo Uno” (p. 286). Hay aquí una propuesta de materialismo queer que desandaría por completo la distinción postestructuralismo / neomaterialismo.

Como feminista formada en el siglo XX, al calor de un culturalismo bio-fóbico que me hizo sospechar de los psicofármacos, agradezco las lúcidas propuestas que interpelan nuestras producciones y auspicio sustanciosos diálogos a partir del libro.

Referencias

hooks, bell (2019) [1994] “La teoría como práctica liberadora”. *Nómadas* N° 50. Bogotá, Universidad Central, abril. Traducción de Diana Carolina Peláez Rodríguez, pp. 123-135.

Plaza, Fabiana (*et alii*) (eds.) (2021) *Ramón Plaza. Libro de las fogatas y otros poemarios*, Buenos Aires, Elisabeth Roig.